EPC noviembre final 10/22/08 4:06 PM Page 28

GalaxiaGutenberg

Minucias del lenguaje

El empleo mexicano de *hasta*

José G. Moreno de Alba

~

Mucho se ha escrito sobre el empleo poco canónico que en el español mexicano se hace, en algunos contextos, de la preposición *hasta*. Yo mismo sobre ello he escrito ya varias notitas que hace tiempo han venido apareciendo en esta columna. Creo sin embargo conveniente volver sobre el asunto para, por una parte, precisar un poco más en qué consiste ese uso aparentemente incorrecto y, por otra, proporcionar datos que me llevan a pensar que, lejos de tratarse de un fenómeno en retirada, se trata de un rasgo no sólo persistente sino en crecimiento, al menos en la lengua oral y en ciertos registros escritos, en particular en el lenguaje periodístico.

El problema, en pocas palabras, consiste en lo siguiente. *Hasta* significa 'límite, término', ya sea en la cantidad ("caminé *hasta tres kilómetros*"), ya sea en el espacio ("caminé *hasta la esquina*"), ya sea en el tiempo ("caminé *hasta las tres de la tarde*"). Nada particular hay que señalar respecto a los dos primeros significados. Por lo que respecta al tercero, en la mayoría de los casos, en el español mexicano, como en el de cualquier otra parte, *hasta* expresa, correctamente, el término en sentido temporal: "El 11 de julio de 1991 fue llevado a la penitenciaría de Santa Martha en el DF, en donde estuvo recluso *hasta* el 16 de enero de 1992, día en el que se fugó con el secuestrador Andrés Caletri" (*La Crónica de hoy*, 06/08/2004) (el hecho de estar recluido terminó, tuvo su límite, ese día).

Sin embargo, en otros textos mexicanos tanto orales como escritos la preposición *hasta* no está significando precisamente límite en el tiempo. Ello sucede, sobre todo, en dos contextos. 1) Cuando el término de *hasta* es un verbo de modo de acción momentáneo, puntual, esto es que no tiene propiamente dimensión temporal: "la mercancía *llegará hasta el sábado*". El verbo *llegar* no es durativo sino puntual y, por tanto, no tiene en términos estrictos principio ni fin (no se está llegando durante largo rato: la acción de *llegar* es necesariamente instantánea); de manera que la preposición *hasta*, en ese caso, no puede obviamente significar límite, si el verbo no lo tiene. 2) Con algunos verbos durativos (no momentáneos), la preposición *hasta* señala no el término o límite de una acción, sino su principio: "Desayunó *hasta las 11*" (el hablante mexicano no quiere decir que terminó de desayunar a las 11, sino que lo comenzó a hacer a esa hora).

En las dos circunstancias descritas, el empleo de *hasta* se considera incorrecto porque no está señalando límite o término. El error se puede eliminar de dos maneras. La más sencilla consiste en no emplear la preposición *hasta*: "la mercancía llegará el sábado", "desayunó a las 11". Ahora bien, si se desea poner énfasis en lo tardío de la acción y para ello se quiere emplear *hasta*, es necesario usar el adverbio *no*: "la mercancía *no* llegará hasta el sábado", "*no* desayunó hasta las 11". Lo que estamos diciendo con el adverbio *no* es que el *no llegar la mercancía* terminará, tendrá límite el sábado (que es cuando llegará), que el *no desayunar* terminó a las 11 (que es la hora en que comenzó a desayunar). Como se ve, el empleo del adverbio *no* en estos casos es indispensable para que la preposición *hasta* conserve su sentido de límite. El carácter obligatorio de esta construcción (empleo de *no*) no se debe a que se esté buscando una mayor *elegancia*. Se trata simplemente de evitar la ambigüedad, manifiesta en el siguiente ejemplo. El enunciado "la tienda abre hasta las 12" es interpretado de diversa forma por un hispanohablante no mexicano y por un mexicano. Para un no mexicano, la única significación es: 'la tienda cierra a las 12' (deja de estar abierta a esa hora). Por el contrario, un mexicano puede entender dos cosas contrarias: 1) 'la tienda abre a las 12'; 2) 'la tienda cierra a las 12'. Para expresar el significado 1, el hablante no mexicano emplea necesariamente el adverbio *no*: "la tienda no abre hasta las 12" (el *no abrir* termina a las 12, que es la hora en que se abre).

Las construcciones erróneas de *hasta*, es decir cuando con ella no se expresa el límite temporal, son muy frecuentes en el español mexicano y casi ausentes de los demás dialectos, aunque hay que aceptar que, lamentablemente, el español mexicano parece estar influyendo en dialectos vecinos, a los que se está exportando la construcción viciosa. Para probar esta especie de exclusividad del español mexicano, hice una pequeña y simple investigación. Busqué en el CREA (*Corpus de referencia del español actual*, www.rae.com) textos de España, Argentina y México que contuvieran el segmento *fue hasta*. En los textos europeos no hay un solo caso en que, debiéndose escribir el *no,* no se hubiera hecho. Las decenas de textos europeos encontrados tienen todos el esquema siguiente: "El primer cineclub español fue fundado en 1920 por Luis Buñuel, en Madrid, pero *no fue hasta* más de tres décadas después cuando se produjo un auténtico *boom*" (*La vanguardia*, 06/07/1994). Tengo la impresión de que en el español argentino se prefiere, para estos casos, no escribir

EPC noviembre final 10/22/08 4:06 PM Page 29

el *hasta*, es decir prefieren "desayunó a las 11" que "no desayunó hasta las 11". Sin embargo, cuando deciden emplear *hasta*, lo hacen de la forma correcta: "*No fue hasta* el 15 de junio de 1990 cuando llegó una nueva propuesta de Banesto" (Ernesto Ekaizer, *Vendetta*, 1996 [Negocios]).

Ahora bien, en casi ninguno de los textos mexicanos, si acaso en menos de un 10%, se escribe el adverbio *no* en contextos en que sí lo escribirían tanto los españoles cuanto los argentinos. Siguen algunos pocos ejemplos: "A pesar de que las noticias llevaban varios meses ocupando los primeros lugares en los medios de información, *fue hasta* diciembre de 1995 cuando el PRI decidió expulsarlo" (*Proceso*, 07/07/1996). "*Fue hasta* el 2003 cuando se sembraron por primera vez 250 hectáreas de soya GM en campos comerciales de las zonas de Comayagua y Olancho" (*Investigación y Desarrollo*. Suplemento de Ciencia y Tecnología de *La Jornada*, 04/2004). "El ataque del grupo rebelde a elementos del Ejército Mexicano se efectuó el pasado jueves por la mañana y *fue hasta* 24 horas después cuando, por medio de un comunicado, los guerrilleros se responsabilizaron del suceso" (*Diario de Yucatán*, 01/09/1996).

He proporcionado ejemplos tomados de diarios y revistas. También los hay que proceden de otro tipo de registros, novelas incluidas: "Muchas veces repetí: «Uno nunca sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido», pero *fue hasta* que mi padre murió que supe a lo que estas palabras en verdad se referían" (Laura Esquivel, *Tan veloz como el deseo*, 2001). Obviamente, en el español mexicano hay también empleos ortodoxos de la preposición *hasta* en este tipo de contextos. Me llamó la atención uno en particular, en un texto técnico: "*No fue hasta* principios del siglo XIX cuando se empezó a hablar de que la materia estaba íntimamente relacionada con la electricidad" (Varios autores, *Descubrir la electricidad*, México, 1989). Temo sin embargo que esos autores (o quizá traductores si se trata de textos originales en otra lengua) no eran precisamente mexicanos pues, unas líneas después, se lee: "Material: 50 cm de cable eléctrico, una pila de petaca, un vaso, un poco de *zumo de limón* [...]". Ningún mexicano dice *zumo* por *jugo*; se trata de un españolismo. Parece un texto escrito en español europeo. Sin embargo el siguiente, también correcto, parece que sí fue escrito por mexicanos: "*No fue hasta* 1531 cuando los dominicos del convento de Yanhuitlán obtuvieron unos capullos y comenzaron el cultivo de la seda" (Electra L. Mompradé y Tonatiúh Gutiérrez, *Indumentaria indígena*, 1981). Si se buscan, seguramente se encontrarán muchos textos mexicanos, sobre todo de buenos escritores, con el *hasta* bien empleado. Creo sin embargo que serán, proporcionalmente, pocos, comparados con aquellos en los que esa preposición está impropiamente usada. ~

El autógrafo del santo

Jorge Degetau Sada

~

Existe un vínculo casi místico entre los autógrafos y las reliquias religiosas. Se me ocurrió platicando con mi hermano luego de asistir a la presentación de un libro, *Bariloche*, durante una tarde límpida en el centro queretano. Observamos otras cosas interesantes, como por ejemplo: que los escritores actuales, en un afán mercadotécnico impensable en los tiempos de Cervantes, o incluso en los de Hugo, se han convertido en vendedores de libros no ya de puerta en puerta, como los caducos promotores de enciclopedias, sino de ciudad en ciudad; que decir que un autor se prostituye al promover su obra no es exagerado, ya que lo que propiamente está vendiendo es su cuerpo y sus palabras (esto es: su presencia), además de que es manejado por una casa editorial, símil directo del proxeneta; que a la presentación de cualquier obra se va para comprar tiempo con el sabio encumbrado, quien está encargado de intercambiar, junto con la venta del libro, un tramo de sabiduría metafísica. De no ser así, ¿por qué los lectores no compran la obra en librerías comunes, sin tanto alboroto, en lugar de asistir a esas sesiones de incontinencia verbal y sesudez simulada como lo son tantas presentaciones de lo que es, en última instancia, pasta impresa dispuesta para hacer confeti luego de unos pocos años de fracaso editorial?

Quizá los escritores, en el fuero sapiencial que les atribuimos, sean la nueva modalidad de santo. Supongo que luego de que la Ilustración espulgó al mundo de sus santidades, igualmente requerimos de modelos a seguir, aunque sea en una versión actualizada. Así, el poder curador-existencialista que poseían los místicos pasó a los autores, cunas de sabiduría, hijos de la mismísima Revolución Francesa, portadores orgullosos de esa racionalidad febril y absoluta —a veces tan radical como la fe del medievo— que tantos y tantos de ellos pretenden.

Y si el modelo actual de autor suple al santo antiguo, igualmente debería ocurrir con sus accidentes. El autógrafo, por ejemplo, que bien podría parecer un mero ejercicio de vanidad o una